

LA CONDICIÓN HUMANA **SEGÚN SARAMAGO**

Liliana Weinberg

Siempre recordaré las palabras que dijo Saramago cuando estuvo en el Auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en 2001: “Uno no toma las decisiones, las decisiones lo toman a uno”. Estaba yo precisamente en el momento límite de tomar una decisión fundamental para mi vida, y fueron sus palabras las que me ayudaron a dejar que esa decisión me tomara a mí. Y no se trata, en el caso de Saramago, de creer en el destino, sino más bien de creer en que, metidos como estamos hasta el tuétano en las cosas del mundo, sumidos en el mundo, descubrimos de golpe que nuestro pobre individualismo se revela bastante ingenuo cuando reconocemos que somos mucho menos libres de lo que creemos y que el margen de decisión está siempre provocado, pautado, decidido, por el momento histórico, político, social, que nos toca vivir.

Uno de los grandes temas de Saramago es precisamente ése: la toma de decisiones, el amplio espectro que va de la libertad a la necesidad, el entramado de circunstancias que van atrapando nuestra vida y el margen de libertad y responsabilidad que nos toca en ella. Uno de los grandes hilos conductores de la reflexión de Saramago es la posibilidad de una libertad en responsabilidad y la responsabilidad por la libertad. Tal es el caso de los personajes entrañables de todas sus novelas, y también del tono, la estrategia, el modo característico de su forma de ensayar y de narrar: se trata de una voz narrativa e interpretativa que, más que omnisciente, es ubicua, testimonial y opinante, que toma siempre una posición ante lo que se va relatando: crítica, compasión, conmiseración, indignación, ante las distintas formas en que se manifiesta la condición humana en su relación con esos otros grandes temas: la Ley, el Poder, la calamidad, la irresponsabilidad social. Si tuviéramos que asociar el trazo de Saramago con el de algún pintor, por ejemplo, en el *Ensayo sobre la ceguera* sin duda se trataría de la *Parábola de los ciegos* de Brueghel el viejo, que a la vez que da cuenta de manera descarnada de las escenas de la vida, traduce denuncia, enojo y conmiseración a la vez, en un enorme amor por ese ser caído y desprotegido que es el humano. Otro tanto sucede con el grabado de Alberto Durero, *El Gran Calvario*, de 1495, que detonó su *Pasión según Jesucristo*.

Otro elemento que considero característico de Saramago y que da una marca distintiva a su voz como escritor, crítico, periodista, testigo comprometido con su tiempo, es su capacidad de hacer de sus novelas grandes campos de

experimentación: colocar una situación hipotética, un caso, avanzar en una posibilidad, y a partir de ella dar un desarrollo posible: *¿qué sucedería si...?* Más que una novela de tesis, Saramago nos da una novela de hipótesis: ¿qué pasaría si Ricardo Reis, heterónimo de Pessoa, supiera que, tal como fue diseñado por su autor, debe atravesar su último año de vida en una Lisboa triste? ¿Qué sucedería si se separara un bloque histórico de un continente? ¿Qué sucedería si no se pudiera lograr el mínimo de votaciones necesarias para legitimar a un gobierno? Pero sobre todo, como en el *Manual de pintura y caligrafía*, la pregunta que subyace será siempre “¿Quién es este hombre?”

Si Balzac nos pinta a través de su obra, “La comedia humana”, uno de los más gigantescos frescos de la sociedad del XIX, Saramago nos pinta uno de los más gigantescos frescos de “La condición humana” en nuestra época.

Quienes han denunciado la irreverencia y el carácter herético de Saramago en *El Evangelio según Jesucristo* o en *Cain*, no han podido ver que se trata de un escritor acongojado ante las posibilidades del sinsentido que han acompañado a la historia desde el principio de los tiempos y que se acentúan hoy. Como dice Alberto Consalvi, “Más que ateo, Saramago era como un polemista irreverente que escogió a Dios como su contendor, y negó y contradijo, y se aventuró al complejo mundo de las Santas Escrituras, el Nuevo y el Viejo Testamento. *Cain* es la novela de la discordancia incesante entre el creador y la criatura”. Así, en *Cain*, cuando Dios recrimina al asesino de Abel, éste arguye “Diremos que es un acuerdo de responsabilidad compartida por la muerte de Abel”. En su recorrido por el mundo bíblico, el autor aplica la razón como arma fundamental contra las creencias, como sucede con la reflexión sobre las lenguas de Babel. Y reflexionemos sobre la escena sobrecogedora del sacrificio de Isaac, que, si leída a lo divino nos envía al pacto secreto entre Dios y Abraham, leída a lo humano, examinada desde la perspectiva de la mirada de un testigo como Abel, se reviste de un carácter sanguinario y arbitrario. Y esto lo logra la maestría de Saramago con un golpe maestro de estrategia narrativa.

Es muy curioso porque el tono sentencioso, de parábola, de símbolo, de metáfora, de alegoría, de tragedia, de refrán muchas veces revisitado que acompaña a Saramago, nos muestra que su preocupación es en realidad la de salvar la conversación, salvar el sentido, salvar la razón, contra el pensamiento uniforme, contra la falta de responsabilidad, contra la anestesia que hoy nos acompaña. Volver a indignarnos, volver a sentir compasión, volver a unirnos ante

¹ Texto leído en el Homenaje a José Saramago realizado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, Universidad Nacional Autónoma de México, el miércoles 30 de junio de 2010.

las adversidades. De allí que también en el *Cain* use un tono sentencioso para decir “La historia de los hombres es la historia de sus desencuentros con dios, ni él nos entiende a nosotros ni nosotros lo entendemos a él”.

Difícil, muy difícil, es pensar en este antagonista de los designios divinos como un hombre sin amor o sin piedad. Así, por ejemplo, en una entrevista de 2001, Saramago manifiesta, por primera vez, que hay una escena en el *Ensayo sobre la ceguera* que él mismo considera a la distancia como “uno de los momentos más bellos de mi obra y me gustaría ser recordado como el escritor que creó el personaje del perro de las lágrimas”: “Lo digo por primera vez, si en el futuro alguien busca al escritor que dejó ese pasaje en su obra. Es el mensaje de la compasión, de la mujer que intenta salvar al grupo donde está su esposo y el perro se aproxima a un ser humano y, como no puede hacer más nada, bebe de sus lágrimas”, agregó. Y otro tanto hizo con Encontrado en *La caverna*.

Todo esto reaparece en sus novelas, y en particular de ésta, *La caverna*, donde un humilde artesano se ve obligado a vender sus productos al Centro Comercial, especie de Castillo kafkiano donde alguien toma las decisiones y juega con la vida de los pobres proveedores de manera tiránica, impersonal, para rematar en “ése no es nuestro problema”. En un recorrido que es el de tantos lugares por todos conocidos, y en este caso el Brasil de las *favelas*, una furgoneta vieja recorre, insisto, con todas las resonancias kafkianas mezcladas con *lo real ominoso* latinoamericano, el duro camino que va de un pueblo agonizante a una carretera desamparada llena de escombros, y de ella a las proximidades de una ciudad perdida en un tramo de carretera donde puede o no ser aleatoriamente atacada por ladrones, y llega luego al Centro Comercial. Esa escena constituye, insisto, una versión moderna y tercermundista de Kafka. Un rito de paso a la soledad. Pero así como el destino toma las decisiones por nosotros, siempre hay una cuota de humanidad y generosidad en la condición humana que nos recubre y fortalece en los momentos más crudos. Así, el artesano sin trabajo de *La caverna* es ayudado por los ladrones que él suponía habrían de robarle.

Saramago es sin duda uno de los escritores universales más latinoamericanos, en su compromiso con todas las causas de nuestro continente. Opinó sobre cuestiones políticas concretas, como el caso Pinochet (“el poder milagroso de la tierra chilena”), la emergencia del movimiento zapatista y el Subcomandante Marcos, la política cubana, y de todo estaba enterado y al día. Y si estuviera vivo hoy seguiría atentísimo el caso de los presos de San Salvador Atenco.

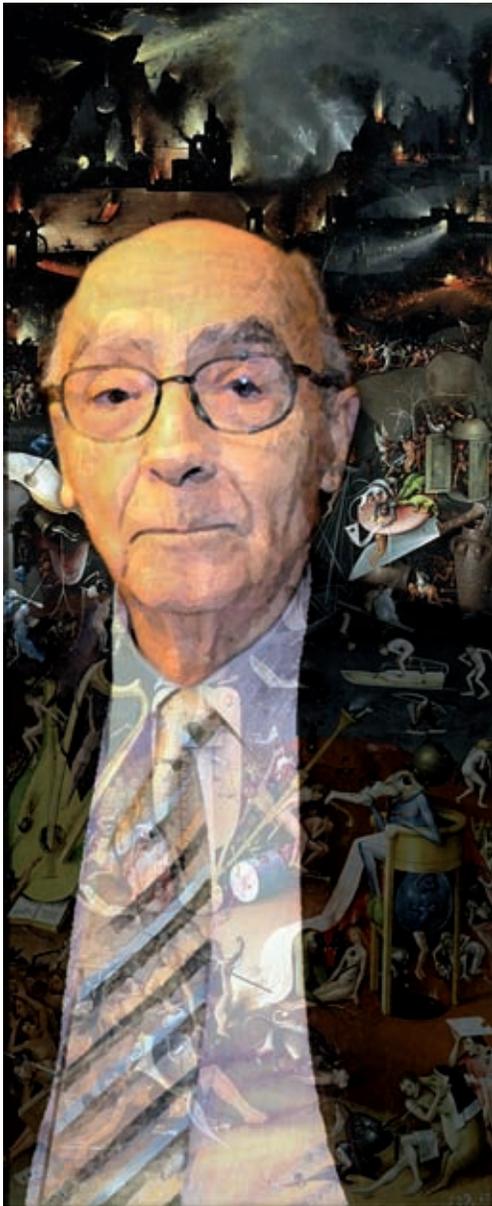
Pero también tuvo Saramago otra forma profunda de ser latinoamericano, al tocar temas que son hoy de nuestros países a la vez que universales, y todos ellos de la mayor importancia: las epidemias, la falta de trabajo, la crisis de la democracia representativa, y las terribles dimensiones que puede adquirir en nuestros días cualquier hecho que, de ser pequeño, pueda, por un efecto mariposa, desembocar en catástrofe. Recuerdo que quiso el azar que tuviera la

Saramago se hace nuestro amigo a través de sus escritos, nos hace cómplices, buenos entendedores

ocurrencia de empezar a leer el *Ensayo sobre la ceguera* precisamente cuando empezaba a expandirse la epidemia de influenza y que me decidí luego a leer el *Discurso sobre la lucidez* cuando las elecciones y la crisis de la representatividad de las votaciones mostraban los graves problemas de la delegación irreversible del poder y la estafa a la ciudadanía.

Saramago se ocupa de buscar la cuota de humanidad que todavía llevamos dentro, y los grandes temas de hoy. En *La Caverna* se trata de la búsqueda del “santo Grial” del trabajo (Monsiváis). Para él, la realidad virtual, la caverna de ensueño que es el centro comercial, único lugar de encuentro y seguridad en nuestros días, resulta casi una aberración de la condición humana. Saramago dijo en alguna oportunidad a alguien que protestaba que sus novelas, que no llevan indicaciones claras de diálogo, eran muy difíciles de leer. “Léalas en voz alta”, le respondió. En efecto, este gran autor encontró una forma de narrar las historias que apela a la oralidad y a lo colectivo. Se mete en los personajes y toma distancia de ellos como el vecino omnisciente, que con un guiño nos cuenta lo que sabe y nos avisa que tal vez sobrevendrá tal o cual cosa. Sus personajes ven lo que hay que ver, piensan y elaboran sueños y fantasías según el fluir de la conciencia, aunque no tanto conforme a ese fluir que acuñó Joyce en el monólogo de Molly Bloom, sino en un modo de mapear los recorridos mentales que cada uno de nosotros sigue cuando la fantasía topa con la realidad. Tal es el caso del monólogo interior del artesano enamorado que piensa en sus problemas mientras conduce la furgoneta, hasta que debe interrumpir ese libre fluir cuando se encuentra con un desastre en medio de la ruta. Es un Joyce que supera a Joyce, en cuanto Molly Bloom se ha visto enriquecida por los personajes que habitan *Dublineses*.

Saramago es particularmente querido por mí además por una cuestión estrictamente personal: mi padre era un gran admirador de su obra, y tuvo la fortuna de cenar un par de veces con él gracias a los buenos oficios del amigo Fernando Esteves. Mi padre me recomendó no una sino cientos de veces que leyera yo el *Memorial del convento*, libro que confieso en un principio no me capturó como sí lo hizo *El año de la muerte de Ricardo Reis*, que leí fascinada. La misma fascinación que provocó en mí otro de los libros que se acerca por clima e intimidad a la *Historia del cerco de Lisboa*. Me gustó el *Evangelio según Jesucristo*, y estoy ahora leyendo el *Cain*. No he podido conseguir *Todos los nombres*, pero tengo ya conmigo *La balsa de piedra*, enorme alegoría histórica que tanto habla de la separación imaginaria de la península ibérica del resto de Europa como un modo de indagar su pasado al margen de Occidente como su futuro al margen de la Comunidad Europea.



Homenaje a José Saramago. Collage por Rómulo Castro (Panamá)

Es que Saramago se hace nuestro amigo a través de sus escritos, nos hace cómplices, buenos entendedores. Hay varios temas en común entre los grandes de nuestros días: John Berger, por ejemplo. Por una parte, la preocupación por la condición humana, por los momentos en que esa condición queda puesta a prueba, como lo muestra a cada instante la política contemporánea: el juicio a Pinochet, la persecución al juez Garzón, los indígenas de Chiapas, las miserias del poder, la desarticulación social y la sinrazón: comprendió que estamos asistiendo “a la disolución del Estado”, cuando “225 empresas multinacionales tienen el 46% de la riqueza mundial”. Condenó la “uniformidad de pensamiento” y “esa especie de apatía, de indiferencia” que anestesia a los hombres. “Lo que más quiero es que no dejen de dar trabajo a la cabeza”; “No aceptar, discutir”; “Toda verdad instalada es sospechosa”. Imaginó un posible epitafio para su tumba: “Aquí yace indignado tal y tal. Indignado por dos motivos, el más importante, indignado por ya no estar vivo. Lo segundo, por haber entrado en un mundo injusto y por haber tenido que salir en un mundo igual de injusto”. “Al menos que uno pueda

decir yo he hecho lo que pude, si no se nota no es por que yo no lo he intentado”. “Yo, por ejemplo, escribo”, concluyó.

La indignación, pero también la conmiseración ante la condición humana. El momento íntimo de encuentro de dos, o de encuentro del hombre con un árbol, un animal, en un vertiginoso espectro que va de un insecto al infinito.

Hay también en sus obras cuestiones a larguísimo plazo: la recuperación de lo artesanal, de lo material, del contacto del hombre con la naturaleza, a través del trabajo y en particular del trabajo artístico. He aquí una primera coincidencia con Berger. Hay también la búsqueda de lo colectivo y de lo público. Hay el esfuerzo por recuperar la memoria del nosotros contra la egolatría del yo hedonista y la amnesia del yo-aquí-ahora. La recuperación de la dignidad olvidada del mundo campesino brutalmente arrancado de su entorno para llegar al desamparo de la ciudad: algo en que coincide con otro de los grandes temas de Berger, otro gran visitante que viene del Viejo al Nuevo mundo, así como también lo es el reconocimiento de la legitimidad de lo indígena y la falta de trabajo y de derechos sociales. El propio Saramago tiene origen campesino: “De alguna forma sigo siendo un campesino. Parece disparatado decirlo pero sólo yo puedo saber lo que llevo de campesino dentro de mí. En gran parte sigo siendo ese niño. Mis raíces más auténticas son éstas”. Y él hizo, como tantos artistas, como nuestro Vallejo y nuestro Mariátegui, el tránsito a la ciudad, el tránsito que lo llevó a convertirse en empleado, periodista, pensador y escritor.

Si en muchas de sus novelas y ensayos la pregunta detonante tiene que ver con las grandes cuestiones de ética y de política, en muchas otras el detonante primero es una hipótesis en el ámbito de la estética, como sucede con el *Ricardo Reis*, la *Historia del cerco de Lisboa*, el *Manual de pintura y caligrafía*.

Hay en muchos casos en él la recuperación de la magia del instante, cuando ese instante dice del descubrimiento que un ser humano hace de otro ser humano.

Hay sobre todo en Saramago, insisto, una empeñada defensa de la vida del hombre en particular y de la vida en general, del espacio público, de esos *Cien años de sociedad* que de algún modo nos fue ganando en el siglo XIX y principios del XX y hoy está en enorme repliegue con la tajante y desmedida privatización de lo público.

Hay también una recuperación fundamental: la del lenguaje. Él mismo dijo en cierta ocasión que “ya nadie da demasiada importancia al lenguaje”. De este modo, recuperar a través de la literatura y la polémica la profundidad de este lenguaje, su capacidad de nombrar contra el envilecimiento de las palabras, la capacidad de decir, denunciar, pronunciar, señalar, hoy achatada por el discurso del poder y del mercado, resulta una opción revolucionaria.

Cuando murió Saramago lo primero que pensé es que si hay un cielo para los ateos, este cielo sin duda tiene la forma de

Es llamativa la conmoción, el sentido de orfandad, que produjo en el mundo entero, y entre muchos latinoamericanos en particular, la muerte de Saramago

un café con mesas donde los parroquianos se reúnen a leer el periódico y discutir sobre los más diversos temas. Saramago —como mi padre— pertenece a la estirpe de aquellos que toman como cosa propia todo lo que sucede en el mundo, que hacen la exégesis de las noticias del periódico para descubrir imposturas y contradicciones, y todo lo hacen como una exigencia del llamado a la responsabilidad de propios y ajenos. Lectores compulsivos de literatura pero también de noticias, portadores de una capacidad permanente de indignación, no me queda sino volver a esa palabra clave para entender a Saramago: responsabilidad. Saramago la ha reiterado mil veces. Ha dicho que la ética es la mujer más guapa y atractiva que existe, y que la libertad va de la mano de la responsabilidad. De algún modo a los latinoamericanos la existencia de Saramago nos recuerda la larga polémica entre creación y compromiso que atraviesa la literatura latinoamericana desde la Revolución Cubana y las respectivas tomas de posición. Saramago es consciente de que la literatura no puede en sí misma cambiar el mundo, aunque sí retratarlo, dar nombre y forma a lo que todavía no encuentra modo de ser traducido, de ser pronunciado. Pero no por ello deja de pensar que el escritor sí tiene, en cuanto figura pública, una gran responsabilidad. Ha dicho Saramago:

Creo que en la literatura no debe ser el autor el que haga explícitas sus ideas, sino los propios personajes. La literatura es irresponsable, porque no se le puede imputar ni el bien ni el mal de la humanidad. Por el contrario, actúa como un reflejo más o menos inmediato del estado de las sociedades y de sus sucesivas transformaciones... Yo no escribo para agradar ni para desagradar —decía—. Yo escribo para desasosigar. Algo que me gustaría haber inventado, pero que ya lo inventó Fernando Pessoa. El libro del desasosiego. Pues a mí me gustaría que todos mis libros fuesen considerados libros para el desasosiego. El arte no tiene que dar lecciones de moral. Son los ciudadanos quienes tienen que salvarse. Ello sólo es posible con una postura ciudadana ética, aunque pueda sonar antiguo y anacrónico. Lo que sí hace la literatura, inevitablemente, es hacer pensar. Es la palabra escrita, la que está en el libro, la que hace pensar.

Es llamativa la conmoción, el sentido de orfandad, que produjo en el mundo entero, y entre muchos latinoamericanos en particular, la muerte de Saramago. “Al contrario de lo que se suele decir, la muerte no es toda igual, lo que es igual es estar muerto”, anotó él mismo en *Memorial del convento*.

Leí emocionada la despedida que se le hizo, a lo humano, al cumplirse el séptimo día de su muerte, con el cielo de Lisboa a punto de vertirse en tormenta y sus familiares y amigos todavía conmocionados por la pérdida. La única invocación posible para honrar a Saramago era la invocación de la literatura, empezando por *Memorial del convento*, novela central, uno de cuyos fragmentos acompañará sus cenizas. “Se desprendió la voluntad del hombre, pero no subió a las estrellas, si a la tierra pertenecía [y a su mujer]”: (*Mais não subiu para as estrelas, se à terra pertencía*). Ésas serán las palabras que se escribirán en una piedra procedente de la zona

de Pero Pinheiro, en una localidad correspondiente a la misma región minera de la que procede la piedra con que se construyó el Convento de Mafra.

En lugar de la misa, se organizó una lectura pública y continua de su novela *El año de la muerte de Ricardo Reis*, que comenzó Pilar del Río, su esposa y traductora al español, quien lo hizo en otro recinto laico y a la vez consagrado: la Casa de Fernando Pessoa: “Aquí acaba el mar y empieza la tierra. Lluve sobre la ciudad pálida, las aguas del río corren turbias de barro, están inundadas las arboledas de la orilla. Un barco oscuro asciende entre el flujo soturno...”

Después continuó el simbolismo —relata la crónica— en un acto en que todo tenía relación con su obra, y sobre todo con *Memorial del convento*, que desde 1982 lo convirtió en “un escritor de culto” y gracias a la cual conquistó, sin conocerla, el amor de Pilar del Río.

Umberto Eco se preguntó en cierta oportunidad en qué creen los que no creen. Condenado por la iglesia, perseguido por hereje, Saramago en realidad era profundamente creyente: creía en la fuerza de la razón y en el poder de la observación, en la necesidad de desanestesiarnos, en la mejorabilidad de la condición humana a partir del ejercicio del pensamiento, del compromiso, de la responsabilidad.

Si Antonio Machado hablaba de “esa segunda inocencia que da en no creer en nada”, Saramago ejercía la segunda malicia que da en volver a mirar, volver a pensar, volver a observarlo y repensarlo todo de manera responsable y hasta las últimas consecuencias. ▣

Liliana Weinberg. Antropóloga por la Universidad de Buenos Aires y doctora en Letras Hispánicas por El Colegio de México. Investigadora en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe y docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es investigadora nivel III en el Sistema Nacional de Investigadores, miembro de la Academia Mexicana de Ciencias y de la Sociedad Europea de Cultura. Ha sido merecedora de la Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos en el área de Investigación en Humanidades (1995), del premio de ensayo literario que otorga la Fundación Cardoza y Aragón (1997), del reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz que otorga la UNAM a las universitarias sobresalientes en su trayectoria (2005) y del Cuarto Premio Internacional de Ensayo otorgado por la Editorial Siglo XXI, la Universidad Autónoma de Sinaloa y El Colegio de Sinaloa (2007). Fue editora de la revista *Cuadernos Americanos*. Es autora de los libros *Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del “Martín Fierro”* (1998), *El ensayo, entre el paraíso y el infierno* (2001), *Literatura latinoamericana: descolonizar la imaginación* (2004), *Umbrales del ensayo* (2004), *Situación del ensayo* (2006) y *Pensar el ensayo* (2007). Es editora de *Ensayo, simbolismo y campo cultural* (2003), de Ignacio Ramírez: *la palabra de la Reforma en la República de las Letras* (2009) y de *Estrategias del pensar*, vol. 1 (2010) así como de numerosos estudios críticos sobre ensayo e historia intelectual en América Latina.